

Artesanos en proceso de autogestión

*Carlos Eduardo Martínez**

RESUMEN

En el presente trabajo daremos cuenta de la evolución de una cadena de valor textil artesanal desarrollada en el marco del trabajo de extensión de una agencia del Estado argentino. En primer lugar, y para ubicar contextualmente la experiencia, analizaremos los cambios políticos y económicos acaecidos en Argentina durante las últimas décadas del siglo XX. Esta primera aproximación nos servirá de base para analizar los aspectos teóricos que conlleva la experiencia productiva de autogestión y discutir, desde una perspectiva antropológica, los aspectos constitutivos de las unidades domésticas involucradas en el proyecto.

PALABRAS CLAVE: trabajo, reciprocidad, economía social, autonomía.

ABSTRACT

In the present work we will account for the development of a chain of textile craft values which was implemented surrounding the extension work of an Argentinian State Agency. In first place, and in order to contextualise the experience, we will analyse the context of political and economical changes that took place in our country in the last decades of XX century. This first approach will serve as a base to then analyse the theoretical aspects involved in the self-management experience and from there to discuss, from an anthropological perspective, the constitutional aspects of the households involved in the project.

KEY WORDS: work, reciprocity, social economy, autonomy.

CONTEXTO POLÍTICO Y ECONÓMICO NACIONAL

La puesta en marcha de las políticas neoliberales en Argentina dejó como saldo un radical deterioro de la actividad productiva, que desencadenó un proceso de marginación económica de amplios sectores sociales y llevó a la desocupación y la pobreza a millones de personas. Tales cambios afectaron fundamentalmente

* Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba [carmartinez@argentina.com].

la estructura laboral, al reemplazar el patrón de empleo de larga duración y estable (característico del capitalismo industrial) por el actual modelo de fragmentación y tercerización del trabajo con alta desocupación.

Durante la década de 1990 se multiplicaron estas transformaciones estructurales de la economía argentina; es la etapa en que se afianza gran parte de la política fundacional de la dictadura militar instaurada en 1976. La consolidación y crecimiento de este modelo implicó la puesta en vigencia de los aspectos distintivos del régimen de acumulación que se configuró en el país desde mediados de la década de 1970, cuyas características centrales fueron la concentración económica, la centralización del capital, la distribución regresiva del ingreso y la fragmentación social (Aspiazu *et al.*, 2004:25-30).

En respuesta al alto grado de fragmentación y desocupación, comienzan a aparecer, a mediados de la década de 1990, distintas acciones tendentes a solucionar la problemática del desempleo. Numerosas experiencias en este sentido (empresas recuperadas, cooperativas, movimientos de trabajadores desocupados, de campesinos, etcétera), pusieron en el debate público la problemática, a la vez que interrogaron fuertemente acerca del papel del Estado en estas circunstancias.

Las distintas experiencias de autogestión, caracterizadas por algunos autores como de economía social, han puesto en controversia la capacidad de las distintas organizaciones por proponer una solución con miras a atender su reproducción primaria. La capacidad demostrada por estos intentos de organización productiva por atender sus problemáticas ha tamizado, en cierta forma, el desempeño que corresponde al Estado en la atención y solución de tales problemas sociales.

El concepto de economía social encierra una trampa teórica, ya que alude a la conformación de un espacio económico aislado, que puede reproducirse por sí mismo, dejando de lado su articulación, en términos desventajosos con el sistema de mercado que regula las relaciones económicas y sociales. En esta línea, también se presentan una serie de experiencias del "tercer sector", entendido como un grupo paralelo a los sectores público y privado.

Estas iniciativas necesitan de una fuerte articulación con el Estado, para que puedan ser provistas del capital de inicio necesario

para sustentar su actividad productiva. De hecho, este tipo de acciones no solamente pueden presentarse como resistentes, sino que conllevan una práctica política de permanentes reclamos hacia el sector estatal.

Por otro lado, las experiencias desarrolladas presentan problemáticas bien definidas y específicas. En este sentido, se encuentran sometidas a distintos problemas organizativos, a la vez que transitan por un espacio productivo plagado de carencias y limitaciones.

INTRODUCCIÓN

Un relativo giro del Estado en los años recientes ha dado lugar a instancias de apoyo a proyectos socioproductivos en Argentina, uno de los cuales es la cadena de valor textil artesanal en el noroeste de la provincia de Córdoba. En este marco, el Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI), agencia del Estado dedicada a la asistencia técnica productiva, ha desarrollado en Capilla del Monte, provincia de Córdoba, un programa de reformulación socioproductiva.

La idea central del proyecto es establecer un corredor productivo a partir de la puesta en marcha de una cadena de valor en el ámbito textil, comenzando con el producto primario (la lana), que pasa por su hilatura y tejido, y culmina en su comercialización. Debe señalarse que, entre todos los componentes de la cadena, se intenta establecer una relación productiva solidaria. Esta experiencia, denominada por los técnicos del INTI como una “fábrica a cielo abierto”, busca la complementariedad económica y social de los distintos eslabones de la cadena para sortear su debilidad como productores aislados y convertirlos en miembros permanentes de una comunidad productiva.

Ahora bien, esta comunidad productiva conlleva características muy poco trabajadas por los programas de desarrollo, a la vez que encierra múltiples problemáticas actualmente abiertas a la discusión. En principio, atenderemos la propia formulación que los técnicos del INTI dieron a la iniciativa:

El proyecto de INTI asume la denominación de cadena de valor textil artesanal en el corredor Punilla-Traslasierra y su principal objetivo

consiste en transformar una cadena de unidades productivas familiares en subsistencia, con antecedentes de débil articulación horizontal/vertical, en una cadena de valor para la producción de textiles artesanales, emulando la figura de “fábrica de cielo abierto”.

Esta opción productiva pretende la integración de pequeños productores aislados (pero de una misma región) en un único sistema de producción y comercialización, con la perspectiva de atender su reproducción primaria. El programa de cadenas de valor artesanal actúa sobre el aumento de la competitividad sistémica de iniciativas socio-comunitarias y productivas en la base social. Trabaja y aplica tecnologías, duras y blandas –de apropiación pública para el bien común–, enfocadas a la producción de valor de encadenamientos productivos marginales, desde las materias primas hasta el mercado. Debido a la población objetivo sobre la que actúa, utiliza un enfoque y un abordaje microrregional, partiendo de la impronta productiva arraigada en la cultura del sistema en cuestión.

En el programa, vigente desde 2005, intervienen distintos actores sociales, ubicados geográficamente en el Valle de Punilla, y articulados con unidades productivas urbanas del sector social de la economía. Las bases operativas de sus miembros están en la Unidad Ejecutora INTI, Córdoba Noroeste (Capilla del Monte).

El emprendimiento, que incluye desde productores ovinos (con asiento en la pampa de Olaen, en La Falda), hasta más de 70 talleres de hilatura y confección textil de base artesanal, es asistido de manera programática en el aumento de competitividad individual y sistémica, así como también en la mejora de acceso a los mercados locales, nacionales e internacionales.

El trabajo ha dado lugar a la ocupación directa de mano de obra de unas 150 personas, que comparten como característica principal efectuar sus tareas dentro de sus unidades domésticas, tomadas, en su sentido antropológico, como lugar de ejecución del mecanismo reproductor de los agentes vinculados a la producción y a sus núcleos familiares. La cadena se ubica en lo que podríamos denominar un sector no formal de la economía.

Para la consecución de estos objetivos, y atendiendo a sus limitaciones estructurales, la estrategia de la cadena es la relación con otros miembros de sectores productivos con los que tengan

identidad en cuanto a la satisfacción de esas necesidades; así, la cadena se ha vinculado con una fábrica recuperada de la provincia de Buenos Aires, que lava la lana, y con una organización de adolescentes judicializados, quienes fabrican, con ayuda de expertos del INTI, ruecas para el hilado de la materia prima. El espacio total propuesto a los artesanos es el de un sitio productivo de características marginales que intenta hacer frente a su débil situación en el mercado por medio de la articulación productiva y social.

Con base en las estadísticas referidas al desempleo en la región, es posible visualizar el profundo deterioro del aparato productivo, a la vez que la información disponible muestra una casi nula inversión en actividades productivas que conlleven una inserción sostenida de la mano de obra. El problema que se plantea entonces es ver cómo gravita esta particular forma de asociación con el objetivo de servir a la reproducción de las distintas unidades domésticas implicadas en el proyecto.

La problemática planteada estaría lejos de explicitarse si no establecemos en forma precisa el contexto de cambios en los modelos productivos y en la forma en que los productores intentan hacerles frente. La producción artesanal, en un contexto de fuerte industrialización de la producción, corre con serias desventajas en cuanto a su sustentabilidad, ya que se ve constantemente acechada por la presencia amenazante de formas de producción más modernas y de menor costo para los consumidores.

Entonces, uno de los problemas teóricos que se presentan es la relación de las unidades domésticas de producción con el marco más general de relaciones capitalistas de producción en el que se desenvuelven. La capacidad de supervivencia de estas experiencias procede tanto de su plasticidad para ampliar su capacidad productiva, como de su capacidad para establecer redes y/o vinculaciones con otros sectores sociales que puedan satisfacer la demanda de puesta en calle de la producción.

Por otra parte, al estar la cadena integrada por productores primarios (criadores de ovinos), es necesario establecer ajustes y complementaciones en cada punto de la cadena en forma horizontal y paralela para que ninguna de sus partes sufra un desfase con respecto a otra.

Detrás de los problemas productivos, nos encontramos con un segundo orden de factores de suma importancia para la consecución de los objetivos planteados por el programa. A este segundo núcleo de componentes los denominaremos “problemas culturales de la producción en redes”. Entendemos la producción en redes como un dispositivo a través del cual una cantidad finita de actores vinculan sus actividades a través de un mismo entramado productivo con el objetivo de ver satisfechas sus necesidades materiales.

Participar en una organización de estas características no significa necesariamente “pertenecer” a la red, pues es posible recibir sus beneficios sin estar totalmente comprometido con ella. Son éstas y otras cuestiones a las que intentaremos responder en este trabajo.

CARACTERIZACIÓN DE UNA UNIDAD DOMÉSTICA

El concepto de Unidad Doméstica (UD) ha sido trabajado ampliamente en la perspectiva de la antropología económica (Meillassoux, Sahlins, Trincherro, Balazote, Radovich). Para Sahlins, la comunidad doméstica “está definida por el trabajo familiar, la propiedad por parte de los productores de sus medios de producción; y la producción para la subsistencia y la no acumulación” (Sahlins, 1983:93).

El concepto nos aproxima a las formas de trabajo campesino que, aunque insertas en la dinámica de acumulación del capital, muestran un tipo de actividad productiva no totalmente sometida a las leyes impuestas por el marco general de relaciones de producción capitalista. En este contexto, delimitamos para su análisis al grupo doméstico entendido como “[...] un sistema de relaciones sociales que, basado en el principio de residencia común, regula y garantiza el proceso productivo” (Archetti y Stölen, 1975:51).

En la teoría económica marxista, se ha discutido con insistencia sobre las distintas formas que el capital ha puesto en marcha y cómo ha trasvasado los límites impuestos a la producción doméstica. El concepto marxiano de subsunción real y formal de trabajo en el capital puede servirnos como una primera guía para el abordaje teórico. Algunos autores (Gordillo, Hoscsman) han intentado relativizar la contundencia del concepto en la escala de

producción doméstica y han propuesto su reemplazo parcial por el de subsunción indirecta del trabajo en el capital:

La subsunción del sector doméstico del trabajo al capital constituye una subsunción indirecta, este concepto es el que permite dar cuenta de una doble dimensión del sector doméstico: como sector inserto en el capitalismo (subsumido al capital) pero que al mismo tiempo mantiene un carácter no capitalista y es explotado a través del mercado (subsumido indirectamente) (Hoscsman, 2003:48).

Tipos de unidad doméstica

Si bien, no es intención del marco teórico la diferenciación de las UD, creemos que para un mejor abordaje conceptual es de utilidad ver las diferencias entre las unidades domésticas que participan en la cadena de valor. Si las entendemos desde su tradicional visión antropológica, que enfatiza en la reproducción de sus miembros, la distinción no tiene mayor sentido, pero entendemos que ciertas UD llevan una lógica productiva diferente, ya que las unidades de residencia donde se desarrolla la actividad artesanal carecen de tierra para cultivar. Es decir, su espacio doméstico y la actividad desarrollada se realizan con el único objetivo de intercambiar el producto de trabajo en el mercado para acceder a los valores de uso necesarios para solventar su subsistencia.

En este sentido, las actividades agropecuarias de los miembros de los eslabones primarios de la cadena les permiten sortear, en un aspecto, esta dependencia de insumos básicos para la reproducción de la vida. Entonces, por más que el espacio rural sea visto desde una nueva perspectiva integral (Pérez) como espacio que involucra múltiples actividades, hay diferencias notables en cuanto a algunos de sus miembros y de su articulación con el mercado.

En el caso de las unidades campesinas, el trabajo etnográfico permite visualizar que su participación en la cadena de valor forma parte de una estrategia de supervivencia, tanto como la venta estacional de su fuerza de trabajo. Esto, como muchos autores han formulado, permite la reproducción de la unidad doméstica y su permanencia en el tiempo, así como su subsunción en la economía capitalista. Las caracterizamos entonces de la siguiente manera:

- *Unidades domésticas tradicionales* (de tipo A), enfocadas fundamentalmente a la producción ovina y eslabón primario de la cadena de valor, y
- *Unidades domésticas de producción artesanal* (talleres de hilatura y tejido) (de tipo B).

Ambas UD comparten como característica el hecho de encontrarse subsumidas indirectamente en el capital, ya que deben recurrir al mercado para satisfacer la valorización de su producción. También comparten un margen de autonomía frente al capital en cuanto a su capacidad para regular la intensidad del ciclo productivo.

Las dos situaciones, por otro lado, se encuentran interrelacionadas y dependientes, no solamente del mercado, sino de la propia actividad de las otras unidades domésticas. Tomaremos también como concepto guía el referido al espacio rural como:

Un conjunto de regiones o zonas (territorio) cuya población desarrolla distintas actividades o se desempeña en distintos sectores, como la agricultura, la artesanía, las industrias pequeñas y medianas, la extracción de recursos naturales, la ganadería y el turismo, entre otros. En dichas regiones y zonas hay asentamientos que se relacionan entre sí y con el exterior, y en los cuales interactúan una serie de instituciones públicas y privadas (Pérez, 2001:38-40).

A partir del entrelazamiento entre las concepciones de UD y del ámbito rural como espacio abierto al intercambio y habitada por múltiples actores, iremos explicitando las conceptualizaciones correspondientes, sumándoles un abordaje de las características culturales desde una perspectiva relacional.

EL TRABAJO DOMÉSTICO Y LA ACTIVIDAD ARTESANAL

Las familias que integran las comunidades analizadas son definibles, dentro de la categoría de “grupo doméstico”, ya que, además de conformarse en unidades de residencia y reproducción, son constitutivas del proceso productivo (Godoy, en Balazote y Radovich, 1992; Archetti y Stölen, 1975). La organización del trabajo es casi exclusivamente doméstica, siendo muy escasa o inexistente la

contratación de fuerza de trabajo remunerada. La producción en este ámbito adquiere una importancia fundamental, en tanto que genera los ingresos necesarios para la supervivencia de sus integrantes.

En esta comunidad, las artesanías constituyen en la actualidad el principal producto de intercambio. Los tejidos en telar vertical son elaborados mayoritariamente por mujeres, y remiten a trabajos tradicionales.

La dinámica de la producción de artesanías en el ámbito doméstico no puede atribuirse exclusivamente a factores endógenos de las unidades que realizan estas elaboraciones. Por el contrario, deben ser consideradas las condiciones estructurales que modifican y redefinen la dinámica económica de los grupos domésticos que integran la comunidad.

Siguiendo con este mismo planteo, podemos observar cierta flexibilidad en términos de qué producir y cómo comercializarlo cuando la composición del grupo doméstico posibilita ingresos diferenciales. En este sentido, cuando las unidades domésticas pueden repartir el trabajo entre más miembros, no se encuentran tan presionadas por satisfacer sus necesidades de consumo.

Las unidades domésticas en el contexto de una economía globalizada

Las unidades domésticas en el contexto de la economía capitalista se ven transformadas, sometidas y, a la vez, resguardadas como aporte de mano de obra para el capital (Meillassoux). En este sentido, las UD han perdido capacidad autónoma y se han visto forzadas a realizar distintos tipos de vinculaciones entre ellas mismas y con el Estado. Las UD aquí descritas funcionan con un alto nivel de dependencia de la política estatal desarrollada por el INTI (agencia Capilla del Monte). A la vez, como es característico de estas UD, tienen un cierto margen de autonomía con respecto al Estado. A partir de esta situación, se originan tensiones con el Estado, que regula su funcionamiento. La capacidad para vincularse al mercado se ve mediada por la asistencia estatal y, al mismo tiempo, necesita de esa asistencia para eludir las trampas de un mercado monopolizado y poco abierto hacia nuevos actores productivos.

La UD es visualizada, desde la perspectiva teórica aquí utilizada, como un espacio de producción y reproducción a partir del trabajo. Una característica de las UD es la satisfacción de las necesidades materiales del grupo doméstico. Con este objetivo, el trabajo se constituye en organizador de las actividades productivas y fija los límites de la reproducción de la unidad doméstica. Tal como lo analizó Chayanov, esta organización económica fija los límites productivos al nivel de la reproducción de la fuerza de trabajo actuando en determinadas circunstancias por debajo del límite productivo potencial. En este sentido, Bartra (1982:85) señala:

El campesino es un productor que por regla general cede su mercancía por un precio inferior a su valor y a su precio de producción, porque, a diferencia del capital, no puede dejar de vender por el hecho de no obtener ganancias.

Los denominados enfoques “dualistas” de las estructuras agrarias formulaban su preocupación por el estudio de la producción doméstica en tanto forma “atrasada” o “arcaica” en “vías de extinción”, enfatizando el problema de las situaciones de pobreza rural en la “supervivencia” de formas tradicionales de producción (Trincherio, 1995). En contraposición con tales aproximaciones, investigaciones recientes han demostrado que la preservación de las relaciones domésticas de producción posee una gran funcionalidad para el capital, ya que permite garantizar este flujo estacional de mano de obra y a la vez es la unidad doméstica de origen la que se encarga, a partir del trabajo de sus miembros, de su propia reproducción (Meillassoux, 1993).

Así, comprendemos a la producción artesanal como constitutiva de la *reproducción de los integrantes de estas comunidades*, permitiendo el mantenimiento de la fuerza de trabajo en el medio rural, acorde con las necesidades del mercado laboral en esta zona dependiente del turismo estival, así como de la estructura estatal.

¿UN ESPACIO DE AUTONOMÍA Y RECIPROCIDAD?

Barkin entiende la autonomía como “[...] la introducción de una estrategia explícita de fortalecimiento de la base social y económica

para una estructura que permita a estos grupos mayor autonomía” (2002:169-202).

Los problemas inherentes a los enfoques sobre las nociones de autonomía y reciprocidad, de fuerte raíz antropológica, residen en su simplificación, ahistorización y separación de las prácticas políticas y económicas que se dan en una sociedad concreta en una época determinada.

Las economías domésticas, con sus variadas características, se yuxtaponen y se localizan en los intersticios de la economía capitalista, que ha logrado permear a toda la economía del globo. Como se vio párrafos arriba, esas unidades económicas son funcionales al capital en tanto resultan reservas de mano de obra y porque esas prácticas domésticas reproducen, con costo cero para el capital, la mano de obra que éste utiliza estacionalmente en la agricultura, ganadería o en la agroindustria.

El concepto de reciprocidad, si bien puede visualizarse y hacerse efectivo de cierta manera, no puede analizarse como producto de decisiones individuales:

Polanyi pone un claro límite a estas interpretaciones. En su trabajo *La economía como proceso institucionalizado* distingue las economías humanas (economías sustantivas) en tres formas de integración institucional dejando en claro que la reciprocidad, la redistribución o el intercambio de mercado no son un agregado de acciones individuales (Balazote, 2007:50).

El concepto de “reciprocidad” entonces debe ser utilizado en torno a una explicación más convincente en estos espacios económicos alternativos. Durante las últimas décadas, y debido al desastre de las políticas neoliberales, una gran emergencia de nuevos actores sociales se hicieron cargo de su reproducción primaria; estos actores, que en el caso argentino habían encontrado una posición en el mercado de trabajo formal, fueron violentamente expulsados de éste en un corto periodo. La llamada economía social es el producto de la práctica de esos actores por resolver sus problemáticas reproductivas.

Las trayectorias de autogestión entonces tienen como marco general las referidas transformaciones, y las condiciones de

reciprocidad, autonomía, economía social, etcétera, deben ser leídas dentro de ese contexto económico.

El concepto de “reciprocidad” que existe en la práctica, en miles y miles de emprendimientos de la economía popular, no debe perder de vista ese hecho. No sólo por afán crítico sino para fortalecer y apuntalar la experiencia de autogestión que se desarrolla en el marco de relaciones capitalistas. En ese marco, y en su nunca terminado proceso de acumulación (Meillassoux), es desde donde se puede desarrollar la autonomía y la práctica recíproca como espacio de lucha política por la redistribución equitativa de la renta.

BIBLIOGRAFÍA

- Archetti, Eduardo P. y Kristi Anne Stölen (1975), *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Aspiazu *et al.* (2004), “La reestructuración y el redimensionamiento de la producción industrial argentina durante las últimas décadas”, ponencia presentada en la Mesa de coyuntura del Instituto de Estudios y Formación de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA), Buenos Aires.
- Balazote, Alejandro y Juan Carlos Radovich (1992), “El concepto de grupo doméstico”, en Trincherro H. (comp.), *Antropología económica*, vol. II, Buenos Aires, CEAL.
- (1999), “Relaciones entre capital y trabajo en grupos mapuche de norpatagonia”, en S. Narotzki, J. Tudela y U. Martínez Veiga (comps.), *Antropología y economía política*, Santiago de Compostela, FAAEE.
- (2005), “Artesanías Neuquinas, empresa del estado provincial: los límites de la comercialización de las artesanías”, ponencia presentada en las *III Jornadas de Investigación en Antropología Social*, Sección Antropología Social, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 3, 4 y 5 de agosto.
- Barkin, David (2002), “El desarrollo autónomo: un camino a la sostenibilidad”, en Alimonda, Héctor (coord.), *Ecología popular, naturaleza, sociedad y utopía*, Buenos Aires, Clacso.
- Bartra, Armando (1982), *La explotación del trabajo campesino por el capital*, México, Macehual.
- Dankmaier, C.; Stecher, G. y S. Valverde (2005), “Alcances y consecuencias de los proyectos de desarrollo rural en comunidades mapuches del sur de la provincia de Neuquén”, ponencia presentada en las *III Jornadas*

- de Investigación en Antropología Social*, Sección Antropología Social, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 3, 4 y 5 de agosto.
- Gómez Suárez, Águeda (2002), "Estructura de oportunidad política de los movimientos indígenas latinoamericanos", *Alteridades*, núm. 23, enero-junio.
- Gordillo, Gastón (1992), "Procesos de subsunción del trabajo al capital en el capitalismo periférico", en Trinchero, H. (comp.), *Antropología Económica*, vol. II, Buenos Aires, CEAL.
- Hocsman, L.D. (2003), *Reproducción social campesina. Tierra, trabajo y parentesco en el Chaco árido serrano*, Córdoba.
- Meillassoux, Claude (1993), *Mujeres, graneros y capitales*, México, Siglo XXI Editores.
- Pérez, E. (2001), "Hacia una nueva visión de lo rural", en Giarracca, N. (comp.), *¿Una nueva ruralidad en América Latina?*, Buenos Aires.
- Radovich, Juan Carlos y Alejandro Balazote (1992), *La problemática indígena*, Buenos Aires CEAL.
- Radovich, Juan Carlos y Alejandro Balazote (1995), "Transiciones y fronteras agropecuarias en Norpatagonia", en Trinchero, H. (ed.), *Producción doméstica y capital. Estudios desde la Antropología Económica*, Buenos Aires, Biblos.
- Sahlins, M. (1983), *Economía de la edad de piedra*, Madrid, Akal.
- Trinchero, Hugo (1995), *Producción doméstica y capital. Estudios desde la antropología económica*, Buenos Aires, Biblos.